

Mariano Fontecilla de Santiago Concha es un hombre de récords. No solo es el funcionario público más longevo del país, sino el diplomático que más condecoraciones ha recibido y también es el único embajador chileno emérito. Las distinciones internacionales que acumula no se quedan atrás: la difunta reina Isabel II del Reino Unido le otorgó el título de “sir” (igual que a Paul McCartney, Elton John, entre otros) y el Vaticano lo distinguió como “gentilhombre” durante el pontificado de Juan Pablo II. La lista sigue, y hace solo algunas semanas sumó una nueva marca a su vida: cumplir 100 años.

Ese día, los vecinos de su edificio en Providencia lo sorprendieron con mariachis, quienes entonaron los clásicos “Las mañanitas” y “El rey” para celebrar el siglo. Después, su hijo Mariano Fontecilla Lira, que viene todos los años desde España para visitar a su padre, le organizó un almuerzo con un grupo de amigos, y en la noche la embajadora de Marruecos en Chile, Kenza El Ghali, lo invitó a un festejo. “Con torta y todo. Fue espectacular. Y soplé las velas perfectamente”, bromea el centenario.

“Nadie se lo cree que cumplió 100 años. Yo sabía que era para largo, y ahora más porque estamos cuidándolo. Mi padre ha navegado en una verdadera comedia de Dante: izquierda, derecha, izquierda”, comenta Mariano hijo con el humor que heredó de su progenitor. Fontecilla de Santiago Concha es funcionario público hace 15 gobiernos.

Hijo único, estudió en el colegio San Ignacio Alonso Ovalle. Aunque inicialmente pensaba estudiar en la Universidad Católica, su padre le dijo: “Tienes que ir a la universidad del Estado, porque con estas mismas personas vas a convivir en tu vida”. Tenía razón. De su generación de la Universidad de Chile, 14 compañeros llegaron a ser embajadores.

—¿Qué sintió al despertar y pensar “ya tengo 100 años”?

“Simplemente, que Dios me había dado la posibilidad de cumplirlos. Como todos los días, agradezco cada mañana el estar vivo, y ese día sentí con mayor intensidad la gratitud por seguir presente y de continuar sirviendo de la mejor forma posible”.

Este hombre vestido de un elegante traje adornado por una insignia que le regaló el Congreso, de bromas rápidas, que a ratos camina apoyado por un bastón, pero no siempre lo necesita, y tiene una vista impecable, revela cuál ha sido su secreto para una longevidad plena: “Servir al prójimo me mantiene vivo. Estoy bien”.

—¿Y cuál es su rutina de cuidado? Lo veo impecable.

“Muy sencilla. Cada mañana me despierto y me tomo una pildorita para comenzar el día. Después, ya comienza mi programa diario con las distintas actividades que hago”.

—¿Una pildora y ya?

Conserva la categoría única de embajador emérito, entre otros honores

Mariano Fontecilla, el diplomático más longevo, al cumplir 100 años: “Servir al prójimo me mantiene vivo”



“Yo no me sorprendo con absolutamente nada”, asegura Mariano Fontecilla.

“Tengo un plan de comidas especial para cuidarme el hígado, todo lo demás es bastante normal. Me acuesto temprano y duermo mucho. Uno de estos días voy a seguir durmiendo para siempre (ríe), pero ese sería mi deseo, imagino que como el de todos. Y también me mantiene vital el estar ocupado con todo este trabajo. Servir es un propósito muy fuerte. Tengo mucho que hacer. Bueno, últimamente mi familia quiere que casi todo lo haga telefónicamente para que no esté entre multitudes y me cuide. Me han cuidado tan perfecto, que cumplí 100 años. No sé si impecable, tú dirás, pero al menos bastante impecable (sonríe)”.

—¿En qué misiones está actualmente?

“En síntesis, tengo cuatro países que barajar hoy. Nuestro Chile; España, ocupo un cargo en el que tengo que jurar ante el rey; después está la Orden de Malta, en que he conseguido una situación increíble, un asesoramiento en calidad de bailío, que es un asesor directo del gran maestro; y el Vaticano. Formo parte de la familia pontificia”.

Por su estrecha relación con la Santa Sede y su rol diplomático para alcanzar el Tratado de

Con un siglo de existencia, sigue siendo un hombre en plena actividad. El funcionario público, distinguido por la realeza británica y el Vaticano, habla sobre su legado y los valores que lo han mantenido vigente por más de siete décadas. Para él, la clave de su longevidad radica en tener un propósito claro.

María Florencia Polanco



Indira Gandhi es recibida por Gabriel Valdés y Mariano Fontecilla (Santiago, 1968).

Paz y Amistad entre Chile y Argentina, firmado en 1984, estaba invitado a la ceremonia para celebrar los 40 años de ese hito junto al Papa Francisco en el Vaticano, pero el canciller trasandino, como es sabido, no llegó. Un *impassé* que se habrá debido a tensiones entre los presidentes Javier Milei y Gabriel Boric. “Iba a ir por haber estado en la época de la mediación, pero se me inflamó algo en la pierna, pero gracias a Dios pasó, porque la pata la dejé aquí y no metí la pata allá (ríe). Qué decir de nuestros queridos vecinos, se les pasó la mano”, opina.

Con el tiempo, esta será una anécdota más de las cientos que acumula y que quedaron registradas en el libro “Al servicio del Estado. Un diplomático de noble cepa”, publicado en 2010, y que fue patrocinado por un grupo de 63 diputados y diputadas de todo el espectro político. Algunos de los pasajes que se cuentan son los entretelones de las visitas de la reina Isabel II y el Papa Juan Pablo II al país, donde él ofició de jefe de protocolo.

“No era partidario de las memorias, porque encuentro que son una lata. Pero al final me asignaron a una periodista que venía con su grabadora a entrevistarme y esas conversaciones se transformaron en este libro”, cuenta. En poco más de 200 páginas recorre su vida desde su aristocrática y elegante infancia; su historia con la Viña Concha y Toro (es descendiente del primer marqués de Casa Concha y bisnieto del fundador de la compañía, Melchor Concha y Toro), y sus incontables hazañas sirviendo con cargos diplomáticos a cada gobierno desde Juan Antonio Ríos hasta

**100
LM**
Líderes Mayores

RECONOCIMIENTO ANUAL A PERSONAS 75+ QUE IMPACTAN EN LA SOCIEDAD



A lo largo de su trayectoria, Fontecilla ha desempeñado cargos diplomáticos en los distintos gobiernos desde Juan Antonio Ríos hasta el actual.

el primero de Michelle Bachelet.
 "Y los he servido a todos con una independencia y prescindencia total de lo político. He cumplido con todo de la mejor forma posible, y no me he servido nunca de ellos. Sirvo al Estado y, a través de él, a los gobiernos de turno. Y nunca me han exigido nada", acota.
 —¿De dónde cree que viene ese espíritu republicano?
 "De mi familia, que tiene una larga trayectoria, pero netamente administrativa".
 Su papá, Mariano Fontecilla Varas, que murió a los 97 años, fue ministro en el segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo y también de la Corte Suprema, entre otros.
 —¿Pero cree que hay alguna característica especial suya que le haya permitido mantener la confianza con gobiernos de lado y lado por tanto tiempo?
 "La prescindencia y la independencia absoluta con la que ejerzo mi trabajo, como lo deberían hacer todos los funcionarios públicos. Yo no me sorprendo con absolutamente nada. Si me ves,

no tengo ni una arruga, y eso es porque ni me arrugo con las cosas que pasan en nuestro país. Tengo paciencia, pero insistencia al mismo tiempo, para poder hacer y servir. Ya me han dado bastante en el gusto, porque me han hecho cuantos honores que he podido ver en un ser vivo. Muy atípico en nuestro Chile que, lamentablemente, tiene muchas dosis de envidia en el ambiente. La envidia, aquí, es casi una profesión".
 —A las personas se les suele reconocer su aporte cuando ya están muertas.
 "Por eso los entierros son tremendos. Cada uno trata de hablar lo que se calló durante toda su vida. Yo, en cambio, lo estoy escuchando todo en vida y no creo que haya ninguna dificultad en que me pueda desaparecer fugazmente sin que pase nada mayormente, porque ya todo ha sido hecho y dicho".
 —Usted fue director de la Academia Diplomática "Andrés Bello". ¿Cómo debe ser un diplomático?
 "El diplomático puede tener muchos títulos, pero sobre todo debe tener una vocación

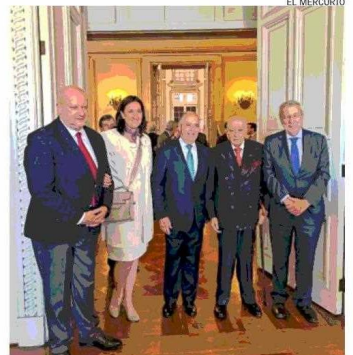


La reina Isabel II le otorgó el título de "sir". La monarca de Reino Unido visitó Chile en 1968, mientras él estaba como director de protocolo.



Fontecilla tiene una estrecha relación con la Santa Sede. Incluso, el Vaticano lo distinguió como "gentilhombre" durante el pontificado de Juan Pablo II.

de convivencia y de conversabilidad, porque por muchos conocimientos que tengas, si no tienes la habilidad de traspasarlos, no estarás cumpliendo ninguna labor diplomática".
 —Dice que "no se arruga con las cosas que pasan en Chile". ¿Qué pasa?
 "Es cosa de leer los periódicos. Ves una postura en una página y en la siguiente la contraria. A duras penas podemos saber con qué nos quedamos".
 —¿Hace falta diálogo político?
 "Absolutamente, y eso existía".



Celebrando sus 100 años en el Club de la Unión, en un almuerzo organizado por su hijo Mariano Fontecilla Lira. En la foto ambos están junto al presidente del club, Matías Pérez Cruz, Ximena Cousiño y el canciller Alberto van Klaveren.

—¿Cómo ve a Chile posicionado internacionalmente?
 "Desde el exterior, bastante mejor que como se le ve acá mismo".
 —¿Qué hace falta para mejorar el ambiente cívico y la convivencia en el país?
 "Lo he dicho varias veces, pero lo voy a repetir. Lo que se necesita es educación. Es imprescindible. El país ha cambiado muchísimo, en parte, para mejor, pero a mi juicio, la educación es lo único que ha faltado".
 —¿Siente que en Chile se respeta a su generación?
 "Hasta ahora, no. Últimamente, un poco más. Gracias al Papa actual hemos dejado de ser un descarte. Pasados ciertos años te daban por desaparecido o muerto. Ahora, al menos, somos considerados".
 —¿Cuál es el principal aporte que las personas mayores pueden hacer?
 "El aporte es enorme. Cualquier persona de mi generación que siga viva puede referirse a un montón de momentos, reúne todos los antecedentes universales que han acontecido".
 —¿Y cuál es un piso básico para asegurar el bienestar de sus contemporáneos?
 "Un plan de vivienda mezclado con una buena alimentación. Eso es lo mínimo y ambas cosas están atrasadas. A veces, nos quedamos estancados en pequeñeces".